



CAPITULO VIII

La libertad y el orden á la greña

HA voz más grata que he oído en mi vida, siguió leyendo así:

«Es, pues, el caso que él estuvo quince días en
»cama muy sosegado, sin dar muestras de querer
»segundar sus primeros devaneos, en los cuales días pasó
»graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura
»y el Barbero, sobre que él decía que la cosa de que más
»necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y
»de que en él se resucitase la caballería andantesca. El
»Cura algunas veces le contradecía y otras concedía, por-
»que si no guardaba este artificio, no había poder averi-
»guarse con él...

»Dió luego Don Quijoté orden en buscar dineros, y
»vendiendo una cosa, y empeñando otra y malbaratán-

»dolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse
 »asimismo de una lanza, que pidió prestada á un su ami-
 »go, y pertrechando su rota celada lo mejor que supo,
 »avisó á su Escudero Sancho del día y de la hora que
 »pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase
 »de lo que viese que más le era menester; sobre todo le
 »encargó que llevase alforjas...

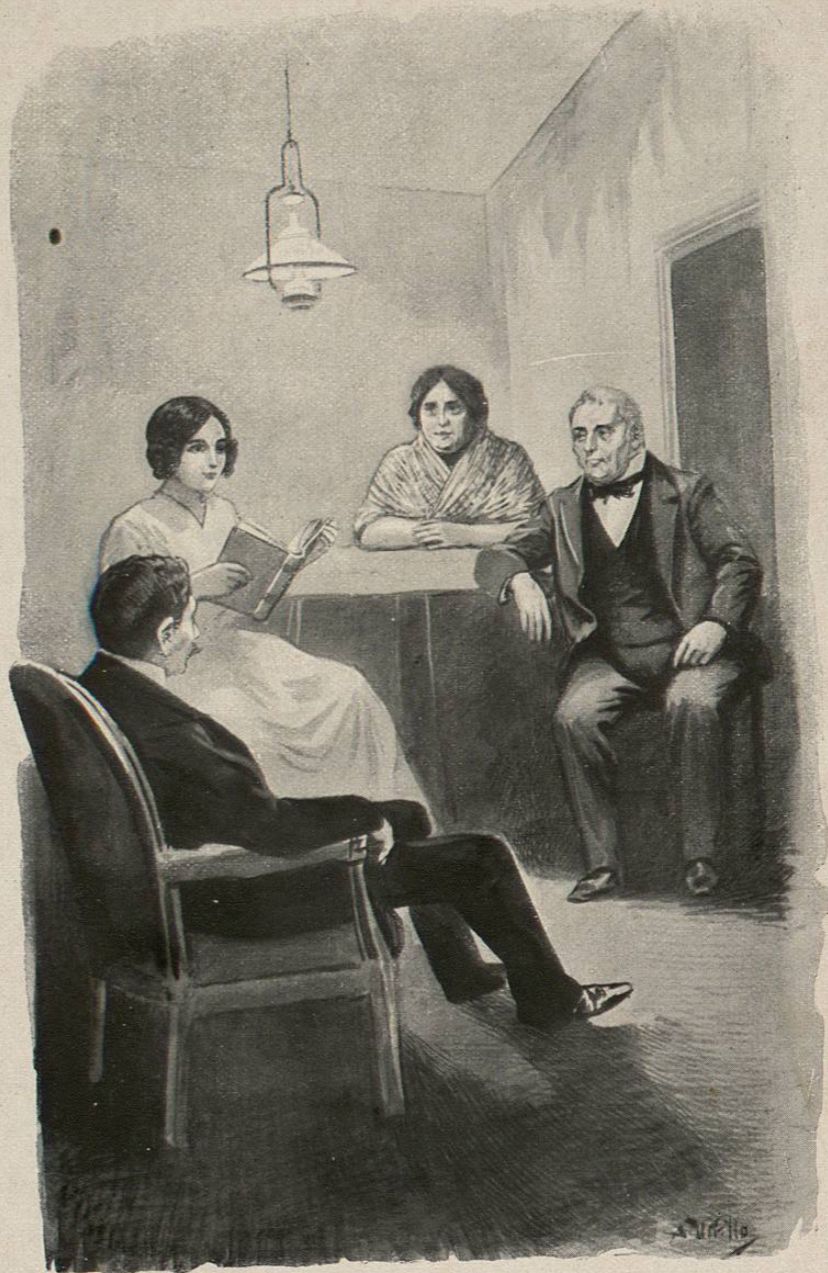
»Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él
 »pudo, conforme á los consejos que el ventero le había
 »dado; todo lo cual hecho y cumplido sin despedirse
 »Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su Ama
 »y Sobrina, una noche se salieron del lugar sin que per-
 »sona los viese; en la cual caminaron tanto, que al ama-
 »necer se tuvieron por seguros de que no los hallarían
 »aunque los buscasen...»

La lectura continuaba; pero la mariposilla de la ima-
 ginación vagaba por espacios etéreos, revoloteando en
 campos incultos, en ciudades abandonadas, tras peloto-
 nes de hombres fugitivos que caminaban sin cesar, ya á
 la luz de un sol reverberante, ya en las tinieblas de la
 noche cerrada.

Trini cerró el libro enojada y se quejó con mimo:

— ¿Lo ves, papá? No hace caso, no se ocupa de mí;
 me pone á leerle y luego comienza á ver las musarañas...

— Déjale, hija, dijo conciliador don Crescencio; déjale,
 que cabalmente piensa ahora en la salida equis... Tú no



— ¿Lo ves, papá? No hace caso, no se ocupa de mí...

sabes la falta que hace en el mundo su tardanza, según son los agravios que piensa deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer.

— Hablando en serio, contesté, sí es verdad que necesito salir, pues ya basta de *vita bona* y de descanso.

— Ya sabes lo que hemos convenido, intervino doña María Antonia; te alivias, te pones en franquía, y á la calle. Es cierto que ya no toses; es cierto que tienes ya los huesos en su lugar; pero todavía tienes una pata más corta que la otra, el brazo está torpe y sin empleo posible, y se te echa de ver la crujía que has pasado en toda tu cara... Por ahora nos vamos al pueblo, arreglamos los negocios que tiene pendientes Crescencio, descansas otro poco, te vas á tus andulencias, y vuelves cuando la guerra concluya, que no puede ser tarde...

— A casarme y á vivir en paz, trabajando en cualquier cosa que no sea matar gente ni ayudar á matarla.

— Para entonces, si, como esperamos en Dios, Chéncho y Ramón dejan la bola, nos asociamos todos y veremos de restaurar esta hacienda mía, que tan decaída está... Pero la ventaja es que lo poquísimo que me queda y que apenas me dará para comer mal, no debe nada á nadie, ni está manchado con las picardías del agio ni de la desamortización... Lo que aquí hay es obra de la buena suerte de mis padres y de mi propia honradez...

Y así seguimos echando cuentas alegres, en medio de aquella atmósfera de tristeza.

Inútil es decir que Trini y yo vivíamos en un delirio constante.

— ¿Te acuerdas, me decía ella, que yo contaba con esto? Claro que no me figuraba yo que habíamos de pasar tamañas penas; pero sí sabía que quien bien quiere facilita, y que quien porfía, mata venado... ¿Cómo Nuestro Señor te llevó á cuidar nuestra casa y los papeles que, según mi padre, demuestran que pagó aquellos miles que debía? ¿Cómo te trajo aquí para que salvaras la vida á mi padrecito y las de todos nosotros?

— Cosas de ese Señor, hija.

— Ahora no hay para ellos más que Juanito. Y Juanito por aquí, Juanito por allá, Juanito por el otro lado, ello es que no tienen más preocupación que tu *indigna* personilla.

Llegamos á Tlaxochimaco á principios de Abril. El pueblo estaba más alborotado que nunca, las familias principales se hallaban ausentes, y las que quedaban temían sufrir peores atropellos que antes.

Había vuelto Rojas, había vuelto Juan Chávez, habían vuelto los cien mil bandidos de todos los colores y de todas las denominaciones, que eran el azote del país.

García de la Cadena había llevado indios de la Sierra Fría; don Carlos Rivas, indios coras y huicholes que

habían dejado tamañitos á los famosos rojeños. Seis días había ardidado la población; en las calles y en los templos se había matado y violado, y como coronamiento de estos primores, se habían llevado los llamados conservadores hasta el último átomo aprovechable.

Todavía encontramos cincuenta y dos ahorcados en las orillas del lugar, y nos refirieron un caso que nos puso los pelos de punta: Don José Guzmán, uno de los

vecinos ricos, se había rehusado á pagar un préstamo y lo habían colgado atándole los pies de la copa de un camichín, y de la copa de otro camichín las manos y la cabeza; habían soltado los árboles violentamente, y el pobre había quedado hecho pedazos, desarticulado y sin coyunturas. Luego lo habían rematado metiéndole los sables por el cuerpo, mientras pasaban debajo á toda la carrera de los pencos.

Referir el número de los que habían quedado sin ojos,



porque se los habían vaciado con *malacates*; el de los que habían caminado á pie leguas y leguas después que les habían quitado las plantas; el de los que habían presenciado la deshonra de sus hijas ó sus mujeres, sería cuento de nunca acabar; basta decir que uno de aquellos religiosos, que leía diariamente el *Año Cristiano*, sacaba los tormentos que tenía decidido aplicar, de los que los prócsules griegos y romanos inventaban para los primeros creyentes en la fe del Salvador.

Cuando llegamos al pueblo, lo encontramos en un estado de atraso y tristeza que metían miedo. No quedaba de lo bueno que había habido, ni la audacia y el valor que habían sido distintivo del pueblo desde tiempo inmemorial.

Recuerdo como si fuera este momento mismo, que el día que se supo nuestro arribo, estuvo á vernos un sujeto de chaqueta, sombrerillo hongo y chicote en la mano. Montaba en caballejo de mala muerte, ensillado con albarda inglesa, y le seguía un mozo de sombrero ancho con calzoneras y chaqueta de cuero. Ya se comprenderá que hablo del médico del lugar y de su mozo.

Llamándonos aparte nos hizo una confidencia terrible: «Está aquí, nos dijo, el más famoso de todos los bandidos: el *Caimán*; lleva mucha ventaja á Juan Chávez, á *Pata de Palo* y á todos los conocidos, y donde se lo proponga, acaba con nosotros. Su plan consiste en quedarse aquí,

arreglar todo para que entre su cuadrilla, y una vez que haya caído el pueblo, llevarse lo poco que nos queda.»

— Pero, ¿qué necesidad tiene de todos esos preparativos, cuando le bastaría con un avisito para que le mandaran, no sólo los mantenimientos que necesitara, sino hasta cien doncellas como á Mauregato...? Bien que, á la verdad, eso de las doncellas está escaso; pero no faltaría manera de complacer á su señoría ladronesca.

— No, piden los *garroteros*; éste quiere, no sólo que le den, sino tomar; y, por otra parte, lo que desea es constituir al pueblo en lugar de refugio para su mesnada.

— ¿Y qué hacen ustedes que todavía no escabechan á ese bribón?

— Calle usted, hombre, calle usted; ¿quién se atreve á tanto, cuando no hay quien haga cabeza para nada?

— Pues yo hago todo lo que sea menester, y ó nos quitamos para siempre de estos ladrones, ó vemos para qué nacimos.

— ¿Lo dice de veras, comandante?

— Con toda mi alma. Llame usted á todos nuestros amigos, á todos los vecinos que tengan ó puedan tener armas, y verá cómo en un momento nos convenimos.

— ¿Le parece que los cite para las consistoriales?

— Pero, hombre, no sea usted inocente; ¿no ve que por poco avisado que sea el *Caimán*, se enterará de todo? No, aquí, aquí, y sino á la casa de mi cuñado, donde tengo mi habitación.

— Pues no hay que perder tiempo, porque cabalmente para esta noche está acordado el asalto.

— Vengan ustedes en seguida y verán cómo todo se arregla.

A la hora en punto, ya estaban en la casa de mi padrino don Francisco Pérez Cano, don Antonio de la Torre, don Manuel de Llana, los Moranes, los hijos de don Filomeno de Anda y quince ó veinte personas más, amén del doctor don Lázaro Cervantes, de la Facultad de Tlaxcala, convocante de la junta.

Si yo tuviera un ápice de fantasía, aprovechaba esta oportunidad para llenar muchas cuartillas con una arenga académica que eclipsara á las que de Capoulicán, Coriolano y Maxicatzin andan en los libros; pero en razón del juramento que tengo rendido, he de confesar que no dije sino tres ó cuatro palabras, por cierto de lo menos escogido, excitando á mis paisanos á que se defendieran de esa agresión.

A pesar de mi relativa pobreza oratoria, los concurrentes á la junta se sintieron excitados, y se comprometieron á estar listos para rechazar al enemigo.

Pero á pesar de lo que el doctor nos había prometido, esa noche no fué el asalto, ni tampoco fué en las dos subsiguientes. Mejor; así pudimos juntar buena provisión de *parque*, alistar algunas armas y comprometer á otros á la resistencia.



CAPÍTULO IX

Acaba el viacrucis

QUIÉN dice que en los pueblos cortos no se paladean los deleites del arte dramático ni las sublimidades de la música? En el mío, aun en medio de lo más crudo de la guerra, solían anunciarse con grandes cartelones compañías de la legua que esparcían el alboroto en todo el vecindario.

«Teatro.

«Compañía dramática dirigida por el primer actor mexicano Arcadio Dávila.

(En este lugar la máscara de la tragedia, un puñal y una columna truncada).

Aquí no hay ardid ni treta,
Apuntador ni consueta.